

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Las misiones populares porteñas “bajo carpas” entre 1920 y 1930.

Gill, Mario.

Cita:

Gill, Mario (2009). *Las misiones populares porteñas “bajo carpas” entre 1920 y 1930. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/651>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Las misiones populares porteñas “bajo carpas” entre 1920 y 1930

Mario Gill (UCA)

Introducción

A principios del siglo XX la Iglesia Católica, siguiendo la idea de que la sociedad había perdido su identidad cristiana, ideó un plan para reinsertar a la sociedad en la perspectiva de “Salvación en Cristo”. Esta iniciativa, que en principio fue de tipo defensiva¹, terminó con el correr de los años siendo benéfica para la propia institución, ya que la llevó paulatinamente a “aggiornarse” y abrirse a un diálogo que logró poco a poco reinsertarla en el nuevo contexto social².

El proyecto en principio era recristianizar³ al mundo que ella decía que alguna vez fue cristiano, volverlo hacia su propia fuente y origen: “Jesucristo Señor de la historia”. La fórmula era *Restaurare omnia in Cristo* tal como lo propugnaba el papa Pío X⁴.

En esta perspectiva de “cruzada católica” de restaurar todo en Cristo, la iglesia argentina imaginó un basto plan evangelizador. Pero esto no era prerrogativa exclusiva de la Iglesia en argentina; toda la institución estaba inmersa en un plan similar⁵. Basta pensar por ejemplo cómo en 1925 el papa Pío XI había establecido la fiesta de Cristo Rey con el objetivo de iniciar una campaña para reposicionar a la Iglesia frente a los avances de los nacionalismos y del modernismo que amenazaban su existencia misma; la creación en 1931 de la Acción Católica hay que entenderla en esa misma línea⁶. Ella

¹ Durante esos años la iglesia italiana se encontraba amenazada por el avance de la nación italiana y en nuestro país la institución estaba a la defensiva frente a lo que ella llamaba la amenaza del “Estado liberal” de fines del siglo XIX (Cfr. Di Steano y Lori Zanata, *Historia de la Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Ed. Grijalbo Mondadori, Bs. As., 2000, Lori Zanata, *Del Estado liberal a la Nación Católica, Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930- 1943*. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1996)

² El gran hito de este proceso es sin duda la convocatoria del Concilio Vaticano II, que abrió la puertas de la Iglesia y permitió un diálogo sereno y maduro con “las otras culturas” diversa a la católica.

³ Así lo afirman Di Stefano y Lori Zanata en su libro *Historia de la Iglesia Argentina*, op. Cit.

⁴ Cfr. Lida. Miranda, . “La Iglesia Católica en las más recientes historiografías de México y Argentina. Religión, modernidad y secularización”, en prensa, 2007.

⁵ Cfr. LIDA, Miranda, “La Iglesia Católica en...”

⁶ Para conocer mejor el trabajo de la Acción Católica existen trabajos de Fortunato Malimaci, “Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en Argentina”, en *Cristianismo y Sociedad 1991*, N° 108, 1991; Mercedes Tentí, . “La reforma de la Constitución Santiagueña de 1939 y la cuestión religiosa”, 20 de marzo de 2007; Jessica Blanco, “La Acción Católica Argentina y su conformación como espacio público (1931-1941)”, en *Revista de Estudios Religiosos*, México, 2006; Omar Acha, : “Notas sobre la evolución cuantitativa de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)”, documento de trabajo, entre otros.

debía servir como adalid en la "cruzada" contra los enemigos de la fe; debía ser quien extendiera el brazo de la Iglesia para llegar a todos los sectores sociales que necesitaban ser liberados de las ataduras de sus enemigos. Bajo esta misma perspectiva se rediseñarán las nuevas diócesis argentinas y se llevará a cabo un vasto plan de creación de parroquias tanto en Buenos Aires como en el interior del país⁷, especialmente en los grandes centros urbanos.

Es justamente en estas nuevas parroquias en donde la Iglesia local llevará a cabo su plan evangelizador; allí es donde tendrá oportunidad de encontrarse con la gente, con los fieles y por ende con la sociedad misma. Allí es donde se hará el nuevo encuentro entre iglesia y sociedad y donde se producirá esa paulatina apertura eclesial.

Para la jerarquía eclesiástica esto significó todo un desafío. Primero porque la tarea "recristianizadora" la llevó adelante en barrios ya constituidos, y en donde tenía que atraer a esa gente que había "perdido la fe" o bien en distritos recientemente creados con inmigrantes recién llegados del interior del país o del extranjero; recién llegados con costumbres muchas veces distintas a la nuestra. Esta misión muchas veces sacó a la iglesia del ámbito habitual del templo y de la parroquia para arrastrarla en medio de las calles o de los barrios recientemente creados, y muchas veces hostiles a la prédica eclesiástica.

El presente trabajo pretende justamente mostrar cómo y qué hizo la iglesia para afrontar este nuevo desafío. Somos conscientes que no podemos abarcar todas esas iniciativas llevadas a cabo, simplemente porque muchas de ellas aún hoy son motivo de investigación. Segundo, porque este trabajo no pretende agotar todas las actividades desarrolladas por la Iglesia para lograr dicho objetivo. Simplemente pretendemos mostrar algunas de esas actividades, que a nuestro criterio podrían ayudar a comprender un poco mejor el esfuerzo que hizo la Iglesia por ganar las calles, por salir en búsqueda de la gente y de sus fieles⁸. De esta manera la iglesia se hizo militante y vino a competir

⁷ Para ello consultar los trabajos de Miranda Lida, "Iglesia y sociedad porteña. El proceso de parroquialización de la arquidiócesis de Buenos Aires. (1900- 1928)", en prensa.

⁸ Existen trabajos como los de Luis Alberto Romero en donde se ponen de manifiesto esta militancia de la iglesia católica en Buenos Aires. Para ello cfr. ROMERO, Luis Alberto, "Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935- 1946", en *Revista Estudios Sociales*. Año VIII, n° 14, Santa Fe, primer semestre de 1998. También podemos citar aquí los escritos de Susana Bianchi, *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina 1943-1955*, Bs. As., 2001, que persiguen los mismos fines.

con otros actores sociales que también habían ganado las calles en ese tiempo. La intención es entonces trazar algunas notas de esas iniciativas llevada a cabo por la Iglesia para convocar a los fieles a la parroquia y de esa manera evangelizarlos.

Para ello, Miraremos el trabajo misionero desplegado por la Iglesia porteña entre los años 1920 a 1930, cómo llevó adelante las misiones populares, pero bajo carpas como lo definían por aquel entonces, en los ámbitos urbanos y parroquiales.

Las misiones populares

Principios de siglo XX es un período muy especial para la iglesia en Argentina. La institución había terminado el siglo decimonónico en un clima de mucho escepticismo; sentía que las políticas de los sucesivos gobiernos argentinos le habían quitado protagonismo dentro del quehacer nacional y la habían relegado al ámbito de lo privado, quitándole así su protagonismo social de antaño. Pero esta situación cambiaría a principio del nuevo siglo. Como sostiene Roberto Di Stefano, el cambio de siglo trajo una renovación y un nuevo "clima espiritual" al país, como en la situación general del mundo católico⁹. El panorama a principios del siglo XX, en especial a partir de los años veinte y treinta, era por demás alentador, había cesado la "persecución liberal", el Estado había terminado por pactar con la Iglesia y algunos de los obstáculos que frenaban su fortalecimiento habían sido removidos. Pero, si bien los primeros veinte años del siglo fueron momentos positivos para la institución, ya que habían desaparecidos los conflictos y los "enemigos de la fe", la feligresía continuaba sumida en un profundo letargo que los obispos de muchas formas intentaron revertir. Esto es justamente lo que se logró a partir de los años veinte y treinta, especialmente con la creación de nuevas parroquias en Bs. As., la política "agresiva" de convocatoria de los laicos a la vida misma de la iglesia, la multiplicación de misiones a lo largo de la ciudad, la expansión y el afianzamiento de la prensa católica, entre otras cosas. En 1932 por citar un ejemplo Monseñor Devoto, vicario de la Arquidiócesis de Buenos Aire, celebraba complacido "el cambio producido en nuestra vida religiosa"¹⁰, en tanto que el arzobispo de la ciudad, Mons. Copello decía sentirse alagado por la "realidad magnífica" que constituía una institución laical nacida hacía poco tiempo como lo era la

⁹ Cfr. ZANATA, Lori, DI STEFANO, Roberto *Historia de la Iglesia Argentina*, p. 355.

¹⁰ Ibid. P. 357.

Acción Católica y que tanto ayudaría a acercar a los fieles a las parroquias; incluso tres años después volvería a decir lo orgulloso que estaba de la "plenitud del esplendor espiritual y material de Buenos Aires"¹¹. En ese contexto de jolgorio y de espíritu de triunfo fue que se celebró el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, que marcaría el punto de inflexión entre una iglesia anquilosada e inerte, con otra de tono triunfalista y militante. Las crónicas confirman ese espíritu en que se vivía por entonces: clima de apoteosis que reflejaba el comienzo de la "rebancha catòlica" frente al Estado liberal disolvente. Se daba de esta manera una consolidación institucional y doctrinaria de la Iglesia; consolidación que, unida a la progresiva decadencia de las certezas del evolucionismo positivista, que se había esfumado en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, en las revueltas obreras de 1919-1921, en la crisis de Wall Street de 1929, creó las condiciones para el renacimiento católico y justificó la confianza de la iglesia. En este contexto se van a dar las nuevas experiencias misioneras en la ciudad junto al protagonismo cada vez mayor del laicado porteño.

En principio diremos que la primeras manifestaciones misioneras de daban dentro del ámbito parroquial. Fue justamente el arzobispo de Bs. As., Mons. Espinosa, quien la fomentó, y quien año tras año las mandaba a realizar en las distintas parroquias de la ciudad, de hecho bien podríamos afirmar que este tipo de apostolado fue uno de sus ejes pastorales durante su ministerio. Ya desde fines del siglo XIX la Iglesia argentina reclamaba esta forma de apostolado; así lo afirmaba la primer carta pastoral de los obispos argentinos cuando sostenía que la Iglesia "tiene el derecho a reinar en las instituciones públicas como en las costumbres privadas, tiene derecho a ser escuchada en los templos y en los parlamentos, en las plazas y en las calles, en las escuelas y en las universidades (...)"¹².

Como decíamos, en un primer momento, desde 1900 a 1920 aproximadamente, estas misiones se realizaban dentro del ámbito del templo parroquial o en algún lugar afín a él, como podría ser una capilla, un oratorio, un orfanato, una escuela, un hospital, incluso en las mismas cárceles del Estado¹³. El arzobispado publicaba un cronograma de los días de misión, donde estipulaba fecha y lugar donde se la realizaría; fijaba el orden y el programa de las mismas. Así por ejemplo del 14 al 28 de abril de 1901 se debían

¹¹ Ibid.

¹² Primera Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino, acerca de la misión salvadora de la Iglesia, 28 de febrero de 1889, en Documentos del Episcopado Argentino 1889-1909, Tomo I, Bs. As., 1993, pp. 22-23.

¹³ Así lo testimonio un informe elevado al arzobispo Espinosa en 1918, sobre la misión realizada en la cárcel estatal, en Revista eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires (REABA), Tomo 1918, p. 616.

realizar en La Boca, Santa Lucía, San Telmo, La Concepción, San Cristóbal, San José de Flores, y debían ser predicadas por los padres redentorista, jesuitas, dominicos, bayoneses, pasionistas, franciscanos, escolapios y mercedarios, respectivamente.

El arzobispado también proponía el esquema de misión, con horarios, contenidos y materia de predicación. Aconsejaba a todos los misioneros hacer un plan de misión antes de comenzarla. Advertía la necesidad de dividir la jornada en dos, uno por la mañana y otra por la tarde; la primera comenzaría a las 9hs, con misa explicada y una breve plática de parte del misionero. Por la tarde, empezando a las 7,30 hs., con el rezo del Rosario, una plática, un Sermón y cánticos piadosos. Las confesiones se podían oír desde las 6hs hasta las 11hs por la mañana, y por la tarde desde las 15hs. hasta las 18hs. Pedía que las confesiones de los hombres se pudieran extender por las noches, no así la de damas, para evitar comentarios soeces¹⁴. También aconsejaba realizar una misioncita paralela para los niños. Habría una plática especial destinada a las sirvientas.

Durante la misión los padres misioneros tenían amplias facultades para regularizar matrimonios, celebrar bautismos, dar primeras comuniones, administrar el sacramento de la extremaunción, otorgar indulgencias plenarias a los asistentes a la misión; las confirmaciones, en cambio, estaban reservadas sólo para ser administradas por los Obispos.

En toda misión no podía faltar la cruz misionera, la que se colocaba durante esos días en un lugar visible dentro de la iglesia; habitualmente se comenzaba la misión llevándola en procesión hasta el templo, y permanecía allí hasta la finalización de la misma. La misión concluía con una gran procesión y misa, a la que a veces asistía el arzobispo o algún delegado suyo, y en donde se consagraba la parroquia, el oratorio, la capilla y el barrio, ya sea al Sagrado Corazón o a la virgen María. Con el rezo del Te Deum y con la bendición solemne, dada con el Santísimo Sacramentos, se cerraban los días de misión dando gracias a Dios por todos los beneficios derramados sobre la comunidad y el barrio.

Finalmente aconsejaba el obispo, la publicidad anticipada de estas misiones, ya sea con la distribución casa por casa del programa, anunciando días y horario de la misión, ya sea a través de la publicación en la puerta de la Iglesia, o tan solo, mandando circulares a las escuelas estatales y religiosas o a través de los medios de comunicación, como ser diarios católicos y/o revistas parroquiales.

¹⁴ Ibid., p. 192.

El día de misión se dividía de la siguiente manera: Por la mañana, muy de madrugada, aproximadamente a las 6hs¹⁵, se celebraba misa explicada para aquellas personas que debían concurrir a trabajar. Más tarde, a las 8 hs. se celebraba la segunda misa, meditada y explicada; proseguía una plática sobre las verdades eternas. A las 7, 30 hs. se reunían los niños con las jóvenes o señoras “misioneras” para compartir los juegos y la catequesis. El sacerdote daba a estos niños una plática sobre los contenidos preestablecidos. Por la tarde, a las 19,30 hs., la gente mayor se reunía para rezar el rosario, seguido lo cual se daba un sermón y plática a cargo del sacerdote misionero. Desde las 19 hs. en adelante se ensayaban cantos de misión. Los niños, que lo invadían todo, se encontraban merodeando el centro misionero desde muy temprano, es así que para las 16 hs. ya se encontraban recibiendo su segunda clase de catequesis del día, seguido de la infaltable recreación.

En aquellas parroquias donde existían gran cantidad de inmigrantes, además de hacerlo en castellano, las misiones se podían predicar en otros idiomas, acorde a la nacionalidad de esos grupos¹⁶. Inclusive se predicaron misiones exclusivamente para algunas comunidades de extranjeros, como fue el caso de la misión en inglés realizada para los irlandeses de la parroquia de la Merced¹⁷, o de la predicada en vasco para la numerosa comunidad vasca de San Juan Bautista¹⁸, o de los italianos de la parroquia de San Pedro Telmo¹⁹ o de Nuestra Señora del Pilar²⁰.

Muchas veces, debido a la peligrosidad de ciertos barrios, y porque la asistencia de los fieles se hacía en horarios nocturnos, o simplemente por el ambiente peligroso de algunas zonas²¹, las distintas actividades misioneras estaban custodiadas

¹⁵ En otras iglesias esta misa se celebraba mucho más temprano, como es el caso de Santa Lucía, en donde se celebraba a las 4, 30 hs. (cfr. el informe de la misión de, en REABA, Tomo 1904, p. 1009)

¹⁶ El idioma que predominaba era el italiano, ya que la mayoría de estos extranjeros eran de esa nacionalidad. Es por eso que se podían escuchar a los predicadores rezar las misas, predicar y confesar en italiano, a la par que lo hacían en español; el mismo arzobispo, Monseñor Espinosa, en más de una oportunidad, visitando estas misiones parroquiales, les hablaba a los fieles en italiano, como lo hizo en San Cristóbal en 1901 (cfr. el informe de la misión en San Cristóbal, en REABA, Tomo 1901, pp. 314-315) o en la capilla Mater Misericordiae (cfr. el informe de la misión de dicha capilla, en REABA, Tomo 1901, pp. 627- 628).

¹⁷ Cfr. el informe de la misión de la Parroquia La Merced, en REABA, Tomo 1901, pp. 624- 625. También se realizó una misión en el mismo idioma a la comunidad irlandesa de La Boca, en 1909 (Cfr. informe de la misión en La Boca, en REABA, Tomo 1909, p. 458).

¹⁸ Cfr. el informe de la misión en San Juan Bautista, en REABA, Tomo 1901, pp. 627.

¹⁹ Cfr. el informe sobre la misión de San Telmo, en REABA, Tomo 1901, pp. 546- 547.

²⁰ Esta misión sólo se daba para los italianos de sexo masculino, y se hacían por las noches, lo que demuestra la cantidad de hombres italianos que estaban solos, sin su familia y que trabajaban todo el día para luego mandar el dinero a sus seres queridos de la península. (cfr. el informe de la misión del Pilar (Recoleta), en REABA, Tomo 1901, pp. 623).

²¹ En la misión realizada en el barrio de La Boca, en la Parroquia San Juan Evangelista, en 1909, los misioneros generaron una polémica y algunos incidentes, cuando convocaron a los hombres del lugar a

por la policía²². En más de una oportunidad la autoridad policial tuvo que salir a imponer el orden frente a estas agresiones o a impartir silencio dentro del templo²³ o bien encontramos a “enemigos de la fe” (según los dichos del informante de la misión) interviniendo y poniendo en aprietos a más de un misionero, como lo sucedido en el barrio de La Boca²⁴.

Veremos en seguida que este no fue el único estilo misionero que eligió la iglesia porteña para llegar a sus fieles. Hubo otros que le demandaron más esfuerzo y más originalidad.

Las misiones populares “bajo carpas”

La Iglesia Católica a lo largo de su historia se caracterizó, en mayor o menor medida, por salir en búsqueda de sus fieles; es este un objetivo que comparte con otras instituciones²⁵. No es de extrañar entonces que tuviera un basto plan misionero al respecto.

Como ya veíamos, existía desde los albores del siglo XX un estilo de actividad misionera llevada adelante en la ciudad de Buenos Aires. Y fue justamente su arzobispo, Mons. Espinosa, quien la fomentó, y quien año tras año las mandaba a realizar en las distintas parroquias de la ciudad. No hacía más que llevar adelante las

una serie de conferencias sobre el socialismo. Sabido es la gran cantidad de adeptos al socialismo que había en el barrio; no olvidemos que el primer diputado socialista que tuvo el país salió justamente de esa circunscripción electoral en 1902. En una de estas conferencias se suscitó una agria discusión acerca de la doctrina socialista. El predicador, el padre Joahneman, expuso lo absurdo de la doctrina socialista y lo contraria a la naturaleza que ella era en la exposición de su principio fundamental, la supresión absoluta de la propiedad privada, lo inmoral que eran sus enseñanzas sobre el divorcio y el amor libre, y que en definitiva, no era más que otra doctrina que buscaba la explotación del pobre obrero ignorante, llevada a cabo por unos cuantos hombres astutos que proclamándose sus defensores se enriquecían a costa del pueblo. Esto provocó la reacción inmediata de alguno de los setecientos concurrentes, quienes al grito de que el predicador “cite uno” de estos astutos hombres que explotan al pueblo, salieron del templo cantando el himno socialista y generando un tumulto a la salida de la Iglesia. Como la policía no había llegado a tiempo al lugar, nada pudo hacer frente a este hecho anecdótico (Cfr. el informe de la misión a La Boca, en REABA, Tomo 1909, p. 459).

²² Así hablaba el párroco de San Juan Evangelista: “aunque algunos elementos subversivos, desde los primeros días habían hecho circular la voz de que se producirían desórdenes en el templo, nada sucedió, gracias a la conducta enérgica y al mismo tiempo correctísima de la policía de la sección 20 (...)” (Informe de la misión de San Juan Evangelista, en REABA, Tomo 1901, pp. 315- 316).

²³ Dice el informe de la misión realizada en la parroquia de Belgrano: “me es grato consignar aquí, que no se ha producido incidente alguno desagradable, y que la mayor parte de las noches hubo un solo agente de policía, cuya presencia para mantener el orden y silencio en el templo, se hizo innecesaria” (REABA, Tomo 1901, p. 391).

²⁴ Cfr. nota 31.

²⁵ Al respecto resulta interesante ver el trabajo realizado por Juan Suariano en su libro ya citado *ANARQUISTAS, cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890- 1910*, en donde se avoca a la tarea de describir cuáles eran los medios que tenían estos grupos para atraer adherentes a sus filas. Llama la atención allí la similitud del método que compartía con la Iglesia Católica (Ed. Manantial, Bs. As., 2001).

recomendaciones hechas por el Concilio Latinoamericano en 1899, quien apuntaba en esa dirección. Los conciliares latinoamericanos exhortaban a los obispos a que fomentaran dichas misiones en su territorio, ya que gracias a ellas “no solo se confortan a los fieles que caminan por el recto sendero de la virtud y de la piedad, y se mueven a llevar a cabo más arduos propósitos, sino que también los vacilantes se sostienen para que no caigan, y los caídos se despierten del sueño del pecado y se encaminen a la enmienda”²⁶. Por eso es que uno de los ejes del plan pastoral de Monseñor Espinosa será este estilo misionero²⁷. Y buscaba con ello recristianizar la sociedad que en principio le era esquiva.

Ya vimos en el punto anterior cómo se desarrollaron esas misiones parroquiales; ahora nos toca analizar cómo fueron las así llamadas “bajo carpas”, ¿en qué consistían?, ¿cómo funcionaban? Podríamos definir las como la acción de la Iglesia de salir “fuera de los edificios parroquiales” e ir en búsqueda de sus fieles. Pero, si bien esto lo hacía desde siempre o desde principios del siglo, ahora, después de los años veinte, adquiriría una modalidad nueva.

Antes las misiones se realizaban dentro del templo parroquial, o a la sumo, en alguna dependencia de ella, como podría ser una capilla, un oratorio, un asilo o un hospital. A partir de la implementación de la nueva modalidad, ya no importará si existen o no esos lugares; lo que importará será salir a las calles, aunque esto implique no tener un lugar fijo bajo techo dónde celebrar la misa o realizar el encuentro catequístico con los fieles. Y se hacía a la intemperie, a cielo abierto, o se improvisaba una “iglesia móvil” con carpas ambulante. En el caso de elegir la segunda opción, y ante la posibilidad de que no hubiera el número suficiente de carpas, también se presentaban dos opciones: se las podía alquilar o bien pedir las prestadas. De esta manera sería una iglesia “móvil” que pudiera estar allí donde las necesidades lo requirieran.

En resumidas cuentas, podemos decir que esta experiencia consistió en armar carpas-capillas durante los días misioneros para compartir junto a los fieles las actividades misioneras.

²⁶ Concilio Latinoamericano de 1889, Título X, cap. IV, n° 712.

²⁷ No hace más que seguir los consejos del Concilio Latinoamericano quien exhortaba con energía a los obispos a “promover y cooperar a las santas misiones, y a soportar con buena voluntad y paciencia los trabajos, por arduos que sean, que estas traen consigo, para la salvación de las almas” (Título X, cap. IV, n° 713). Aconsejaba que ellas sean predicadas por las órdenes religiosas y no por el clero secular, esto debido a que confiaba más en la santidad de vida de los religiosos y porque cifraba sus esperanzas de cambio y de renovación de la vida espiritual de América Latina en la vida religiosa más que en la secular.

Resulta difícil saber con precisión, el origen y el o los autores de esta nueva expresión misionera. Suponemos que por primera vez se aplicó en el Uruguay, y lo hicieron los jesuitas en sus distintas parroquias. En Argentina, una experiencia similar se llevó a cabo en 1923, en la misión parroquial de San Roque, a raíz de la preparación de las fiestas navideñas. Esto no significa que haya sido la primera y la única; es simplemente de la que tenemos noticias por primera vez.

En el Uruguay, allá por el año 1896, el sacerdote jesuita Francisco Costa, quien acompañó a Monseñor Stella en una visita pastoral que hizo a la zona rural de su diócesis, viendo el estado espiritual deplorable de los campesinos, quienes no conocían el bautismo, que se “juntaban” sin pasar por el sacramento del matrimonio, que su ignorancia religiosa era tal a raíz de la imposibilidad de recibir instrucción religiosa por falta de sacerdotes, fundó el 17 de agosto de 1896 el Centro Apostólico de San Javier, más comúnmente conocido como “Misiones Rurales Uruguayas”, para evangelizar este sector tan abandonado de la iglesia uruguaya. La finalidad de este centro era “la evangelización del campo mediante la obra de los misioneros”²⁸ que dicha institución repartía por toda la campaña uruguaya. Los misioneros regentados por el Padre Costa, entre los que se contaban los redentoristas, franciscanos capuchinos, claretianos, oblatos, carmelitas, salesianos, entre otros, recorrían de a dos o de tres o de cuatro, y hasta de a seis, de un punto al otro el campo uruguayo durante todo el año, predicando y bautizando al mismo tiempo, legitimando las uniones de hecho, y a la vez impartiendo las primeras comuniones a los niños y adultos.

Al padre Costa le sucede en el cargo, el Padre Matías Crespi. La nota más importante del período de este sacerdote al frente de las misiones uruguayas, tal vez sea la incorporación del “auto- capilla” y de las “carpa- capillas” en la tarea misional. La “carpa- capilla” existía ya desde antes de 1923, y consistía en la instalación en el lugar de misión de una carpa que hacía las veces de capilla “portátil” y que permitía que la misión se realizara en los parajes en donde no había construcción alguna, generalmente en medio del campo, y levantada en torno a las enramadas del lugar²⁹. El “auto- capilla” fue una donación hecha en 1926, al que se le adosaba una carpa enorme

²⁸ Boletín del Centro Apostólico de San Francisco Javier, “Memoria de 25 años” 1896- 17 agosto – 1921, Montevideo, 1921, p. 14.

²⁹ Cfr. Boletín del Centro Apostólico de San Francisco Javier, “Misión en Chamizo”, número correspondiente a 1923, p. 11 y al de 1927, p. 6. Existen también otros testimonios que nos hablan de la misiones bajo carpas realizadas por el Padre Crespi en los balnearios, a orillas del Río de la Plata, como el del Balneario “La Floresta” (Montevideo); o también las realizadas a pocos metros de la Parroquia jesuítica de San Ignacio en Montevideo (Testimonio del sacerdote jesuita Rafael Miquelerena, junio de 2005).

en el frente que sirviera para alojar a los fieles. Así hablaba el boletín del Centro Apostólico del nuevo regalo: “se trata de un gran camión que servirá de capilla, con lugar suficiente para servir de habitación a los misioneros, en los casos que sea necesario o conveniente. El camión tendrá el altar fijo, y en los parajes donde no se consiga salón que haga las veces de capilla, se le acoplará una espaciosa carpa de lona, que al efecto fue donada por las Congregaciones de Hijas de María, de Montevideo y Nico Pérez”³⁰.

Pero cómo se relaciona esto con las misiones llevadas adelante en la Arquidiócesis de Buenos Aires. En primer término diremos que la primera vez que escuchamos hablar de la instalación de carpas en las misiones porteñas es en 1923, fue justamente en la realizada por otro sacerdote jesuita, el Padre Luis Isola, quien conocía perfectamente el estilo misional de su compañero de orden, el Padre Matías Cespí. En segundo lugar, porque muchas veces el Padre Isola participó de esas experiencias misioneras uruguayas. Tercero, porque fue el mismo Isola quien puso en contacto a los sacerdotes oblatos, que tenían a su cuidado la parroquia porteña de San Roque, con Crespí, y quienes llevarán la novedad a sus misiones de Buenos Aires.

¿Cómo se desarrollaban estas misiones bajo carpas en Buenos Aires?, ¿cuál era su esquema, y de dónde provenían esas carpas? Para ello traeremos como ejemplo las misiones realizadas en Villa Devoto, Villa Ortuzar (parroquia de San Roque) y en Villa del Parque en los años 1925 y 1926³¹.

El contenido, el tiempo de duración, los que participaban de ella y los horarios, continuaba siendo los mismos que en los años y la experiencia anterior. Los registros de estas dos misiones y las de San Roque tienen que ver con la faz catequística, vale decir que lo que se perseguía era instruir en la fe a quienes vivieran alejados de los centros parroquiales. No es de extrañar entonces, que casi siempre culminaran con una gran celebración de Primeras Comuniones, después de las cuales se servía el desayuno con bollos de tortas, chocolate, y golosinas junto con su diploma de comunión, a cada uno de los niños asistentes. A los varones se los hacía jugar al fútbol y las niñas a otros juegos más acordes con su sexo; no podían faltar las fotografías que aparecerían luego

³⁰ Boletín del Centro Apostólico de San Francisco Javier, número correspondiente a 1927, Montevideo, pp. 7- 8. El camión- capilla era desmontable, cuyo techo se abría hacia arriba, permitiendo al celebrante entrar parado en él; su puerta trasera se bajaba y hacía las veces de escalinata por donde subía el celebrante. En la parte trasera, y dentro del camión, existía una mesa adherida a su estructura que servía de altar, finamente adornada como tal.

³¹ El informe de estas misiones se encuentra relatado en la Revista Eclesiástica de Buenos Aires (REABA), Tomo 1926, pp. 637-645.

en el diario El Pueblo o en los boletines parroquiales. La misión también perseguía la idea de catequizar a los adultos alejados de la fe, motivo por el cual, por las tardes y por las noches se organizaban eventos para los mayores, como el rezo del rosario, conferencias, sermones, misas meditadas, explicación del catecismo, reunión con los jóvenes de la zona. Tampoco nunca podía faltar la eucaristía en todos esos días. Los resultados eran siempre numerosos: primeras comuniones de jóvenes y adultos, regularización de matrimonios, confirmaciones, misas multitudinarias³². El plantel de catequistas, como podemos pensar, era numeroso: monjas, curas, seminaristas y laicos (entre las que se contaban las integrantes de la Liga de Damas Católicas), alumnas y alumnos de los grados superiores de las escuelas católicas de la zona y catequistas provenientes de las parroquias donde se organizaba la misión.

La idea de armar carpas para las misiones suponemos que vendría, además de lo ya dicho sobre el hecho de repetir la experiencia uruguaya, del hecho de querer copiar la experiencia de venta de los negocios inmobiliarios. Estos, cada vez que organizaban las ventas masivas de terrenos en estas zonas marginales, instalaban carpas en donde se desarrollaba la subasta, con gran concurrencia de público; no faltaba, los meses previos, la propaganda alusiva en los diarios, en la radio, en los comercios de la zona, en los volantes que se repartían en las estaciones de trenes, a la salida de los bares, de los negocios, de las ferias.

Esta fue la modalidad que utilizó la Iglesia para organizar sus misiones bajo carpa, las que generalmente las prestaba el ejército a través del ministro de Guerra, el General Agustín P. Justo. También colaboraban las grandes empresas que se interesaban por el progreso del barrio, y en las que estaban instaladas. Tal es el caso de la empresa de la familia Lacroze, en Villa Ortúzar.

Las carpas eran instaladas en terrenos baldíos o grandes descampados existentes en la zona, propiedad de familias acaudaladas que prestaban el lugar para el evento, como fue el caso de la familia Chas en Villa Ortúzar o Tornquist en Palermo³³. Se las colocaba de la siguiente manera: una muy grande, que hacía las veces de capilla, instalada en el centro geográfico de la misión; en torno a ella, y dejando un espacio vacío entre esta y las otras, se colocaban en forma de herradura un número variable de pequeñas carpas, que servían como salones, en donde se daban las clases de catequesis a

³² En Villa del Parque se registraron en la misa de Primera comunión del 10 de octubre, más de mil comuniones de las casi tres mil personas que asistieron, 700 primeras comuniones, de las cuales 130 aproximadamente eran personas adultas (cfr. REABA, tomo 1926, p. 638).

³³ Esto sucedió en 1926 en la misión en la capilla de Guadalupe (cfr. REABA, Tomo 1926, pp. 635-637).

los distintos grupos, las charlas a los adultos, donde se bautizaba, se confesaba, entre otras actividades. La carpa mayor, con un gran crucifijo de fondo y un altar delicadamente adornado, servía para las celebraciones masivas; allí se rezaba el rosario, se daban las meditaciones y las pláticas para hombres y mujeres por las tardes y las noches, se celebraban las confirmaciones, los matrimonios, y por sobre todas las cosas se celebraban las liturgias eucarísticas. El número de carpas variaba entre cuatro y dieciséis; en Villa del Parque, por ejemplo, las carpas fueron diez, en Villa Devoto, dieciséis. Las mismas eran armadas ya sea por obreros de la Municipalidad o por soldados del ejército; también ayudaban algunos hombres de las parroquias. Los bancos para la carpa mayor eran traídos desde escuelas vecinas o de las iglesias cercanas; también se construían con cajones y tablonés prestados por algunos vecinos. Todas ellas tenían luz eléctrica provista por la Municipalidad, quien también acondicionaba el terreno donde colocar las carpas y adornaban el campamento convenientemente.

Todo esto significaba un gran acontecimiento para el lugar; los comentarios permanecían durante mucho tiempo después, lo que significaba una presión extra para las autoridades municipales para encontrar una solución y una continuidad al adelanto transitorio que significaba para el lugar estas misiones. A esto hay que sumarle el pedido explícito que hacía la gente, a través del párroco, a la curia eclesiástica y al gobierno para crear allí un centro cultural, un oratorio, una capillita, o un lugar donde poder reunirse a partir de allí en adelante. Incluso, muchos de los propietarios de estos lugares, luego de la misión, donaban el terreno para poder erigir allí un oratorio festivo o capilla, como lo sucedió con la familia Chas que donó un terreno para que se levantara allí el oratorio de San Ignacio, futura casa de ejercicios espirituales de la diócesis y después parroquia San Alfonso, en la hoy calle Barzana 1525.

Como se ve esta expresión de fe traía siempre acompañado el adelanto material del barrio, la apertura y el trazado de nuevas calles, el empedrado de las vías principales para evitar el barro constante de la zona, la instalación de luz eléctrica, la construcción de escuelas para los niños que allí vivieran, plazas dónde poder recrear a los niños, entre otras cosas.

Todo campamento misionero no podía dejar de tener su clásica campana, que con sus tañidos anunciaba al vecindario la próxima misa que pronto iba a comenzar. Los altoparlantes transmitían en vivo lo que en el centro misionero se estaba desarrollando;

los vecino que no podían o no querían asistir a los eventos, se conformaban (o “soportaban”) con escuchar a la distancia de lo que allí sucedía. La utilización de estos medios de comunicación masivos no siempre estuvo a disposición de todos los misioneros; según la importancia y la colaboración de sus bienhechores, podían hacer uso o no de ese beneficio; a veces debían simplemente confiar en su buena impostación de voz para atraer la atención y silencio del auditorio que los iba a escuchar. Esto no quitaba que el campamento hiciera todo el ruido necesario para atraer la atención de los vecinos: las bombas que lanzaban al aire, los fuegos artificiales y los cohetes, atraían a curiosos que se acercaban en masa. También podemos citar a la banda de niños exploradores de Don Bosco, quienes, acompañados por los seminaristas y por algunas señoras y señoritas de la Liga de Damas Católicas y hermanas del Espíritu Santo, salían ruidosamente por el barrio, antes y durante los días de misión, con sus tambores y carteles invitando a la gente a participar de ella.

La misión siempre culminaba con una procesión por las calles del barrio, siendo estas tan multitudinarias que muchas veces debían suspender otras actividades previstas para el cierre de misión, como podría ser la celebración del sacramento de la confirmación al regresar de andar por las calles de la barriada. Así sucedió en Villa del Parque, cuando la procesión por las catorce cuadras del barrio, que reunió a más de cinco mil personas, culminó en el templo de Santa Ana, y como no podía entrar a la iglesia semejante cantidad de gente, tuvieron que suspender la confirmación para darla luego por turnos, parte en la iglesia y parte en el patio del colegio parroquial³⁴. Suponemos que las cifras están un poquito infladas, característica habitual de todos aquellos que organizan algún evento y que quieren llamar la atención con cifras.

Otra fue la misión llevada adelante en el radio parroquial de San Roque, en Parque Chas en 1928 Fue una misión de tipo catequística.

Esa misión de quince días (entre el 14 y 28 de octubre), fue organizada por el Padre Enrique Rohling, del Verbo Divino, en un amplio predio donde existían varios hornos de ladrillos, cuya propiedad era de Vicente Chas, en los confines de la parroquia. La zona era puro campo, en donde, después de abrir, por prescripción municipal, la hoy calle Beiró para unir Villa Catalina y Belgrano con la zona de Villa Devoto y de Villa del Parque, se estaban loteando los terrenos y construyendo algunas casitas para las nuevas familias que comenzaban a poblar el lugar. Nos dice el boletín parroquial de

³⁴ Cfr. REABA, Tomo 1926, p. 639.

San Roque que “el barrio Chas, -extenso unas cien cuadras-, y hasta hace pocos meses despoblado, estaba en víspera de cambiarse en un barrio progresista con sus casitas chalet. Era necesario hacer llegar allí de antemano la bendición de Dios y el rocío de la Divina Palabra. La Señora María Vda. De Chas³⁵ ofreció gentilmente una espaciosa extensión de sus terrenos, que su señor hijo personalmente cuidó fuera preparado y alambrado”³⁶.

Acompañaron al director de estas misiones arquidiocesanas, los Padres jesuitas José Llusá (Rector del Seminario Conciliar) y el padre Sauras, el párroco de San Roque Amilcar Merlo, y catorce sacerdotes más, mucho de los cuales no conocemos sus nombres, pero que serían, a más de los religiosos oblatos de San Roque, José Pastore y Severino Canoniero, los sacerdotes del Seminario de Villa Devoto. Fueron seis los predicadores: el rector del seminario, el párroco de San Roque, el profesor de sagradas escrituras del seminario, el profesor de dogmática y el de sociología, y el padre Rohling; el resto se dedicaron a las confesiones.³⁷ Intervinieron también unos veinte seminaristas del seminario de devoto, dos congregaciones de monjas: las misioneras catequísticas de la Sagrada Familia y las de la Misericordia, quienes sumaban diez. No pudieron faltar las señoras de la Liga de Damas Católicas³⁸, quienes, con su presidenta a la cabeza, se dividían en dos turnos, por la mañana y por la tarde, para catequizar a los niños; sumaban cuarenta mujeres, y provenían del comité central de la liga. A ellas se dirigió agradecido el párroco de San Roque con estas palabras: “ Un aplauso sincero a las heroicas catequísticas (sic) de la **Liga Argentina de Damas católicas** –unas cuarenta- que desafiaron el barro, la lluvia, el calor y toda suerte de dificultades, encontrándose puntualmente todas las mañanas y todas las tardes para el catecismo. Dios retribuya en mil bendiciones su generosa colaboración”³⁹.

Las carpas estaban instaladas en un gran prado, a pocos metros de los “chalecitos” recién construidos. Para acceder al lugar se debía atravesar el campo y los hornos de ladrillos; las calles, todas las cuales eran de tierra, con las lluvias se hacían

³⁵ Esta notable señora, no solo permitió que en sus terrenos se realizara esta misión, sino que también ayudó personalmente regalando las golosinas que a diario se repartían en ella. Culminada la misión, continuó ayudando al oratorio festivo de San Roque, y más tarde al que se abriría en la Parroquia San Rita, en 1930.

³⁶ RPSR, enero- febrero de 1929, p. 3.

³⁷ Esto demuestra la importancia y la calidad intelectual que debían tener los que se dedicaban a la tarea misionera. Cualquiera no podía participar de ellas; debía estar muy bien preparado.

³⁸ Eran ellas quienes junto al Padre Rohling habían organizado la misión. Los gastos de la misma corrió por cuenta de esta institución; además de las donaciones dadas por la familia Chas.

³⁹ Revista parroquial de San Roque (RPSR), enero- febrero de 1929, p. 3.

intransitables, pero los feligreses, y en especial los niños, las vadeaban sin importarles si se embarraran o no. En el centro de las mismas colocaron una carpa con capacidad para más de dos mil personas. En derredor, otras cuatro, que servían de confesionarios y bautisterios. Las clases de catequesis, que se daban por las mañanas y por las tardes, se hacían al aire libre. Los chicos eran divididos por grupos en número de treinta por la mañana y treinta y seis por la tarde, quienes, con sus respectivas catequistas aprendían durante una hora el catecismo; seguía luego la repartición de caramelos, un recreo con juegos para nenas y otros para varones. Por fin, después de la recreación, se reunían todos en la carpa grande, donde el padre Rohling o el rector del seminario, por medio de láminas en colores les explicaba de una manera amena, metódica y eficaz, los puntos principales de la religión. Todo ello amenizado con frecuentes y variados cantos. Resulta graciosa la anécdota que nos cuenta el boletín parroquial sanroqueño, cuando refiere que uno de esos días, no se sabe si por obra del viento o de los “enemigos de la religión”⁴⁰, se voló una de las sogas que sostenían la carpa grande, cayendo el techo sobre los que allí estaban. Como el día se presentaba lluvioso, pocos fueron quienes no se mojaron, pero esto no hizo amedrentar a los niños, quienes se quedan allí impertérritos hasta finalizar el día de misión. Dice el informe misionero que “tuvimos el primer día 230 entre niños y niñas por la mañana; y 632 por la tarde; total 862, número que al día siguiente se elevó a 1.065 y así se mantuvo poco más poco menos, fuera de algún día como el domingo que se elevó a 1.268”⁴¹. Esto demuestra el poder de convocatoria que tenían estas misiones para los niños; era sin duda el espectáculo más sonado y recordado para estos infantes. Esto explicaría por ejemplo el por qué después de tantos años, aún hoy hay personas que recuerdan estos hechos con lujos de detalles.

También las misas eran multitudinarias. El domingo, por ejemplo, “tuvimos misa oída y explicada prácticamente, con la carpa grande llenísima, y con una atención y orden y con unos cánticos y rezos que era una gloria. La celebró el Cura Párroco”⁴². Aquí también podemos notar la respuesta de los adultos, muchos de los cuales eran atraídos por sus propios hijos o por la simple curiosidad. Obviamente que a esto hay que sumarle el interés de la iglesia por agrandar los informes y mostrar esas misiones como la gran cruzada de fe.

⁴⁰ Era una forma de encontrarle explicación a un hecho fortuito.

⁴¹ RPSR, enero- febrero de 1928, p. 4.

⁴² Ibid., p. 5.

En el último día, fiesta de Cristo Rey, se celebraron las primeras comuniones de los niños que una vez más colmaron la carpa central. Ese día todo estaba preparado para la gran fiesta que se iba a vivir. Muy temprano fueron llegando, las niñas con sus vestiditos y mantillas cubriéndoles la cabeza, que habían sido regalados por las Damas Católicas; los niños con sus camisas blancas, sus pantalones largos o cortos y sus zapatitos muy bien lustrados para la ocasión, hacían que realmente se viviera un clima de fiesta. Todo era bullicio, toda algarabía, todo acción de gracias que se respiraba en aquel momento. “A las 8 de la mañana la gran carpa era un pequeño cielo. Preparado el altar al que iba a bajar el mismo Dios; a su alrededor más de 500 angelitos vestidos de blanco que iban a recibirlo por primera vez rodeados de unos 200 más que ya lo habían recibido otras veces, y de gran cantidad de gente mayor que acababa de llenar por completo hasta rebosar la carpa. Devota y enternecedora como siempre, se fue desarrollando la Misa, que celebró el P. Rector del Seminario, con sus cánticos, rezos, fervorines del celebrante y largas y ordenadas filas de felices niños y niñas que se acercaban a recibir a su Dios”⁴³. Después de la misas sirvieron para los chicos el desayuno, con los típicos bollitos y chocolate en vasos de papel. No faltó el paquete de caramelo para cada uno de ellos, ni la fotografía grupal que los diarios católicos reproducirían en los días sucesivos.

Al finalizar las comuniones, por la tarde, se celebró la misa de clausura. “Antes de las tres de la tarde, a pesar del fuerte calor, la carpa y sus alrededores hervían ya de gente”⁴⁴.

Dos carrozas se habían hecho para la procesión que antecedería a la misa de clausura. En una de ellas era llevado Cristo Rey, en la otra la virgen María, quienes junto al pueblo recorrieron las calles del lugar, llegando incluso hasta Villa Devoto. Los acompañaba una banda de música que interpretaba canciones religiosas, entre los vítores y piropos que recibían Jesús y María. La procesión fue cuidadosamente organizada: adelante orgullosa iba la bandera de la Cruzada Eucarística de Villa Devoto, custodiada por tres cruzados con sus vistosas capas⁴⁵; a la par la bandera Argentina. Detrás de las banderas desfilaban con sus vestidos blancos los casi quinientos niños que habían recibido su primera comunión; los seguían el resto de los fieles que se amontonaban por miles.

⁴³ Ibid.

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ A la manera de los custodios o “penitentes” de la Virgen María o del “Cristo de la Agonía” en las fiestas de la Semana Santa Sevillana.

Llegada la procesión comenzó la misa, que sirvió para que todo el gentío se recogiera para dar gracia a Dios por los frutos allí derramados. Finalizada la misa se renovó las promesas bautismales, se cantó el Himno Nacional, se juró fidelidad a la insignia patria, se consagró el barrio a Cristo Rey, se recitaron poesías, para finalmente desfilar delante de Jesús y María, besando uno por uno, la bandera nacional. Todo terminó con la distribución, una vez más, de caramelos para los niños, donación de la señora Chas.

La misión fue todo un éxito, al punto de hablarse de ella muchos años después de su realización⁴⁶. También por el número de sacramentos impartidos y por la concurrencia a los distintos actos. He aquí el resumen de los resultados de la misión:

Asistencia media de los niños/as a la catequesis en ambos turnos.....	1.150
Confirmaciones.....	1.084
Primeras Comuniones.....	540
Total de comuniones el último día.....	845
Bautismo (de adultos en su mayoría).....	130
Regularización de matrimonios.....	32
Asistencia media de la gente mayor.....	450 ⁴⁷

Este acontecimiento también sirvió para que el cura párroco de San Roque Amilcar Merlo acompañara a partir de ahora al Padre Rohling en las misiones de este tipo que fue predicando en la ciudad. Esto lo dice el mismo Merlo de la siguiente manera: “nel mese di novembre Padre Rohling mi prega di aiutarlo in una missione sotto le tende nel sobborgo della capitale, deposito municipale della nettezza urbana e centro di casupole improvvisate e povere”⁴⁸ La misión bajo carpa a la que se está refiriendo aquí Merlo es la realizada en noviembre de 1928, en el lugar donde posteriormente se levantará el oratorio y futura parroquia de Santa Clara, sobre la calle Zubiría, en el barrio de Flores. Allí también la misión fue todo un éxito. “Ci riesce un trecento ragazzi e un numero discreto di adulti la notte al chiaro di luna; giacché dirotta e vento avevano distrutto la tenda, e tra gli abitanti non c’era persona capace per

⁴⁶ El recuerdo permanece aún hoy entre los vecinos de la villa, en especial en los hombres y mujeres que en aquel entonces eran muy pequeños.

⁴⁷ Cfr. datos extraídos de REABA

, Tomo 1928, en RPSR, enero- febrero de 1929, p. 6.

⁴⁸ MERLO, Amilcar, *Nel cinquantésimo aniversario dell’arrivo degli Oblati di Maria Vergine a Buenos Aires*, Pinerolo, p. 39, 1971.

riallestrirla. Si ebbero molte prime comunión e battesimi”⁴⁹. Al año siguiente Merlo repetirá la experiencia de la misión de Parque Chas, pero en otro ángulo de la parroquia; los actores son los mismos: el Padre Rohling, las señoras de la Liga de Damas Católicas, los seminaristas, las monjas, los laicos de la parroquia de San Roque, el Padre Merlo y los religiosos oblatos. “Aprofitto della presenza del Padre Giaigischia⁵⁰ e organizzo una missione in un angolo ancora inesplorato spiritualmente al confine della parrocchia. Aiutato efficacemente dal Padre Enrico Rohling S.V.D. e da Suore e catechiste signorine della città e dai Padri Giaigischia e Canoniero, predichiamo noi Oblati quindici giorni sotto le tende”⁵¹.

Lo que claramente se ve en estas actividades es cómo los curas párrocos, al organizar estas misiones populares bajo carpas, podían llegar a los rincones de sus parroquias en donde habitualmente no podían llegar con su apostolado habitual, servía para comprometer gran parte de los fieles de la parroquia y de las otras iglesias de los alrededores, para salir junto a sus fieles a los sectores del barrio en donde el Evangelio habitualmente no podía llegar. Para los habitantes de esas secciones de las parroquias servían para que los adelantos, como ser apertura de calles, extendido de las redes de electricidad, asfaltado de calles, creación de escuelas, entre otras cosas, llegaran a ellos, para ocupar a sus hijos en actividades recreativas que de otra manera sería difícil poder organizarlas. Y para las autoridades de la ciudad era la oportunidad para llevar adelante el progreso de estos noveles barrios.

Conclusión

Para culminar podríamos decir que este tipo de misión se seguirá haciendo en todos aquellos lugares en donde la iglesia porteña no pueda llegar habitualmente con su estilo “clásico de apostolado parroquial”. Bastará para tener una idea de la importancia de este estilo apostolado misional, señalar que, a lo largo de 1930, se predicaron siete misiones bajo carpa, con un total de 3000 niños que asistieron a la catequesis, así como 2200 adultos que se acercaron a participar de las conferencias y charlas vespertinas. En

⁴⁹ MERLO, Amilcar, op. Cit., p. 39.

⁵⁰ El sacerdote Giaigischia, que estaba destinado a la casa oblata de Fray Marcos (Uruguay), llegó imprevistamente al país perseguido por la policía uruguaya. El sacerdote que había sido engañado por una pareja que le pidió que los casara sin haber pasado primero por los tribunales civiles, cosa que la ley del vecino país prohibía, se encontraba en situación ilegal, motivo por el cual, advertido del Nuncio y de la curia eclesiástica uruguaya, debió huir de allí para evitar ser detenido y encarcelado. Permaneció en Buenos Aires hasta que los ánimos se hubieron calmado, meses después.

⁵¹ MERLO, Amilcar, op. Cit. P. 42.

ese año fue elevado el número de bautismos, casamientos y confirmaciones que se administraron, según algunos informes⁵². Por otra parte, es en esos lugares en donde en el futuro se irán inaugurando las nuevas parroquias que monseñor Copello creará durante su ministerio episcopal.

De esta manera la iglesia fue ganando terreno y preparando un grupo de laicos, aquellos que trabajaban codo a codo con los organizadores de las misiones populares, que luego serán los protagonistas de la historia eclesial por venir. Le servirá también para reposicionarse frente a su relación con el Estado, y definirá por otra parte, el estilo de presencia pública de la iglesia entre las décadas del 30 al 50; presencia que será en principio de tipo callejera y militante.

Finalmente diremos que si los años finiseculares dieciochescos fueron años de “desplazamiento” (según el sentir de la jerarquía eclesial) y repliegue por parte de la iglesia en favor del “Estado liberal”, los veinte y treinta del nuevo siglo la colocarán nuevamente en las calles saliendo al encuentro de sus fieles y en búsqueda del “protagonismo perdido”.

⁵² Cfr. IMSANT, Valerico (SVD), *Los misioneros del Verbo Divino en ...*, p. 165.